

va algunos restos de vida, un soldado que nos hace recordar al que abrió el costado del Salvador, le asesta con el pie rudo golpe, que hace volar por fin al cielo aquella alma bendita.

Señores: alabad á Jesús que se dignó imprimir su imagen en el Bienaventurado Juan Gabriel Perboyre. Ved que desde un principio lo predestinó, y que si le concedió la gracia del martirio, fué después de haberlo merecido con una vida santísima. Notad, sobre todo, que la lucha de este generoso atleta se ha verificado en nuestros días, y que no podemos alegar, para no imitar sus virtudes, ni lo crítico de los tiempos, ni la degeneración tan decantada de nuestra humana naturaleza. Ved que no son prematuros los altos honores decretados por la Santa Sede al insigne mártir cuya intercesión ha alcanzado en favor de muchos de sus devotos, manifiestos prodigios. Pidamos al cielo que, multiplicándose estos portentos, no tarde el infalible Vicario de Jesucristo en condecorarlo con el título de santo, y que á las fiestas que con motivo de su solemne apoteosis se celebren en nuestra México, puedan asistir no sólo unos cuantos hermanos del glorificado misionero, sino numerosos miembros de ambas familias de San Vicente. Así sea.



## SERMÓN

PREDICADO EN EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES  
DE MÉXICO, EL 2 DE AGOSTO DE 1890, EN LA SOLEMNE FUNCIÓN  
CON QUE SE INAUGURÓ EL TEMPLO DESPUÉS  
DE SU RESTAURACIÓN.



*Beatam me dicent omnes generationes.*  
Todas las generaciones me llamarán bienaventurada.

Luc. I. 48.

ILUSTRÍSIMO SEÑOR:<sup>1</sup>

**P**RESTO hará veinte siglos que en las montañas de Judea resonó esta solemne profecía. La Virgen de las vírgenes, al oírse llamar dichosa por su santa parienta, confirmó y explicó al mismo tiempo su inspirada palabra. Dichosa soy, en verdad, replica, y dichosa me aclamarán todas las razas y todas las generaciones; pero no por mis propios merecimientos, sino porque el Señor se ha dignado poner los ojos en la bajeza y humildad de esta su indignísima sierva.

La falange de espíritus angélicos, que escoltaba invisible al Verbo Divino encerrado ya en las purísimas en-

<sup>1</sup> El Illmo. Sr. Arzobispo de México, que celebraba de Pontifical.

trañas de la Doncella Nazarena, repitió obediente la sentencia que acababa de escuchar, y con voz harmónica la aclamó bienaventurada. *Bienaventurada*, repitieron en coro desde el cielo los querubines y serafines, los tronos y las dominaciones; y en la tierra, los numerosos ángeles destinados á la guarda de los mortales, hicieron eco al cántico de alabanza mientras llegaba el día en que los hombres empezaran á cumplir la dulce predicción.

No tardó en sonar esa hora feliz. Seis lustros apenas habían transcurrido, y de entre las turbas que seguían á Jesús, salió una voz que después de tantas centurias aún retumba sonora en los corazones cristianos: "Bienaventuradas las virginales entrañas que te albergaron, oh Salvador de los hombres. Bienaventurado el castísimo seno que te suministró el primer alimento. *Beatus venter qui te portavit et ubera quæ suxisti.*"

Pasan pocos años: se consuma el sacrificio del Gólgota; la Madre de Dios, encomendada por el moribundo Redentor al Apóstol predilecto, se retira con Juan á un rincón del Asia, y queda al parecer olvidada aun de los discípulos de su Hijo resucitado. Pero no es así. No tan sólo los que están cerca de ella le rinden el tributo de adoración debido á la mística Esposa del Espíritu Santo, sino que en lejanas tierras empiezan á erigírsele templos y á venerarse sus imágenes. Tal nos enseñan respetables tradiciones. Desde el tiempo de Elías no han cesado de morar en el Carmelo piadosos solitarios, que adoran al Dios de Israel y escudriñan, según su mandato, las Santas Escrituras. ¿Se les ha revelado quién es la privilegiada criatura figurada por la nube que en aquellas montañas vió su gran Patriarca elevarse en las

orillas del mar? ¿Sabían por dicha quién era la santa mujer que venía á menudo de la no remota Nazaret á orar en la montaña de los Profetas? ¿Supieron alguna vez quiénes se ocultaban bajo la ruda apariencia de los dos artesanos que la acompañaban en sus piadosas peregrinaciones? Como quiera que sea, hoy que ya no la ven, la conocen; hoy que está lejos, saben que aquella á quien daban en otro tiempo modesto hospedaje, era la Madre del Mesías; y aunque no ha volado aún al cielo ¿qué importa? desde ahora la aclaman Reina del Carmelo y le erigen un santuario, que pasará, sí, por varias vicisitudes; pero que resonará hasta el fin de los siglos con las alabanzas de María.

Entretanto, en el remoto Occidente, el Apóstol Santiago, mientras óra una noche en las riberas del Ebro, ve aparecerse á aquella Virgen que dejó hace ya tiempo en Palestina, al partir á predicar el Evangelio en las regiones ibéricas. Aun está entre los vivos; pero goza ya su cuerpo de aquellas prerrogativas de los bienaventurados en el cielo, y sin dejar su terrestre mansión, viene de un modo maravilloso á ordenar al *Hijo del Trueno* que le erija en Cesaraugusta templo suntuoso. ¿A quién de vosotros son desconocidas las glorias del Pilar de Zaragoza? ¿Quién no sabe que desde entonces no han cesado las márgenes del Ebro de repetir las alabanzas de María?

No bien es coronada en el cielo Reina de los Ángeles y de los hombres, cuando empieza su culto á difundirse con tal rapidez en nuestro globo, que parece que los templos y los altares brotan de la tierra. En vano procura el infierno ahogar con sangre las voces que la

proclaman bienaventurada. En vano persiguen y dispersan los judíos á los que oran en derredor de la tumba, ocupada apenas breves horas por su cuerpo glorioso. En vano los tormentos y la muerte se declaran en la tierra la recompensa segura de los que juntamente con el Hijo adoran á la Madre, de los que al venerar á Jesús, veneran igualmente á María.

Primero en las catacumbas y en ocultos oratorios, luego en vastos templos y suntuosas Basílicas, se tributa homenaje á la Madre de Dios; y en el Oriente y el Occidente, en el Norte, más tarde en convertirse, y en el ferviente Mediodía, se le tributan incesantes alabanzas por coros de vírgenes y vigilantes sacerdotes, por guerreros y marinos que la invocan en el peligro, por madres que le encomiendan á sus hijos, por huérfanos que á su amparo se acogen, por monarcas y caudillos, que sin su apoyo no se consideran seguros.

Cesan las Columnas de Hércules de ser el límite del mundo civilizado; brilla en nuestro continente la luz del Evangelio, y vosotros, Señores, sabéis mejor que yo que la tierra en que nacimos quedó constituida en patrimonio de la Virgen de las vírgenes, con más derecho quizá que la isla que en Europa acababa de renunciar á su antiguo dictado de *Dote de Nuestra Señora*. ¿En dónde más que en México se aclamó á María bienaventurada durante tres largas centurias? Pero llegó un día en que pareció que nuestros himnos se apagaban, que nuestras voces enmudecían, y que juntamente con los derribados templos, se desmoronaba la piedad proverbial de los mexicanos.

Gracias al cielo que este decaimiento fué momentá-

neo. Vos, Illmo. Señor, que fuisteis testigo de la destrucción, estáis presenciando el levantamiento. Gracias á vuestra iniciativa ó estímulo, resuenan hoy día con más fervor las alabanzas de María, y nuevos templos se erigen ó restauran en su honor. ¡Ah! Nunca más que en nuestra época debía reencenderse en los mexicanos la devoción á María. Á ningún santuario, con más justicia que al que hoy inauguramos, debían volverse, Ilustrísimo Señor, vuestros ojos y vuestros esfuerzos. Ninguna advocación más á propósito que la de Reina de los Ángeles para venerar á la Virgen Santísima en este siglo de incredulidad.

Tal será el tema de mi discurso que, no temáis, no será largo. ¡Quiera el Espíritu Santo prestarme su auxilio, y la Virgen en cuyo honor se ha erigido este templo magnífico, su poderosa intercesión.

#### AVE MARÍA.

## I

El decreto de la Encarnación del Divino Verbo dado *ab æterno* por la Trinidad Sacrosanta, incluía necesariamente á la Madre de quien Aquél había de nacer, y la asociaba al honor infinito que al Dios Hijo resultaría. De aquí es que el culto de María se pierde en la eternidad, y aunque en el tiempo haya sido constante, ha habido épocas en que tenía que manifestarse de un modo especial.

Creandos los Angeles, al proponerse á su adoración el Verbo humanado, se les presenta igualmente á su divina Madre. Unos rehusan someterse á lo que juzgan desdoro á la naturaleza superior de que han sido dotados; la inmensa mayoría la acepta como Reina y Señora, y después de la victoria contra los rebeldes espíritus, la aclama bienaventurada, al entonar el himno de triunfo en honor del futuro Mediador. Caído el primer hombre, la Mujer que ha de quebrantar la cabeza de la serpiente infernal se le ofrece desde luego como prenda de su futura regeneración. Los Patriarcas y los Profetas, en los momentos más angustiosos y solemnes, la ven y la anuncian, y la presentan bajo diversos tipos, y figuras. Llega la plenitud de los tiempos, y el Arcángel Gabriel la saluda llena de gracia. Cuando más blasfeman de Jesús los Escribas y lo tientan los Fariseos, aquella mujer de que acabamos de hablar, y que es, según los padres, tipo

de la Iglesia Católica, sale de entre las turbas y la proclama mil veces bienaventurada. Una nueva manifestación de parte de los perseguidos cristianos se hace necesaria en torno á su sepulcro glorioso, y su preciosa imagen se lleva á las catacumbas, y se multiplica en aquellos sagrados subterráneos.

Terminada la persecución, con más fervor que nunca la adoran los cristianos, y el recién convertido Constantino, al edificar en las riberas del Bósforo la nueva Roma, á quien da su propio nombre, la declara *Ciudad de María*. ¡Oh! ¿Quién pudiera repetir una á una las alabanzas que allí resonaron por largos años en honor de la Virgen sin mancha, y en especial en el púlpito de aquel vasto templo (hoy convertido en mezquita) dedicado conforme á la sutileza griega á la Santa Sabiduría (*Αγία Σοφία*) é ilustrado por el Crisóstomo? ¿Quién pudiera penetrar en los hogares de aquellos fervorosos cristianos que tanto alaban á la mística esposa del Espíritu Santo, y de tal manera la tienen en el corazón y en los labios, que Juliano Apóstata, burlándose de ellos les dice: “No sabéis pronunciar otras palabras sino *Madre de Dios?*”

No tardó en llegar el día en que fieles y clero tendrían que proclamar á María *Madre de Dios* de la manera más heroica y en las más difíciles circunstancias. La época del Concilio de Éfeso es tan memorable, y en ella se nos dan tales ejemplos de valor cristiano en la devoción á María, que merece que nos detengamos á contemplarla.

Estamos á principios del siglo V. Después de ruidosas contiendas sobre la sucesión á la silla patriarcal de Constantinopla, se le ha conferido á varón ilustre, de

grave continente, austeras costumbres, majestuosa figura y una elocuencia tan deslumbradora, que parece que va á eclipsar la memoria, todavía fresca, del Crisóstomo. El pueblo está pendiente de sus labios, y acude en tropel en la fiesta de la Encarnación, á escuchar la homilía de su venerado Obispo sobre el misterio del día. En medio del religioso silencio con que le escuchan, una palabra inesperada del facundo orador viene á herir como rayo á la muchedumbre apiñada en derredor de la cátedra. Es una insinuación contra el glorioso dictado de Madre de Dios, que todos están acostumbrados á dar sin contradicción á la Virgen Purísima.

Clero y pueblo, doctos é ignorantes, sofistas versados en las letras, y sencillas doncellas, salen murmurando de la Iglesia, y se preguntan unos á otros si han oído bien las sentencias heréticas de su Patriarca. No hay duda. Los predicadores que él manda á explicar sus inauditas doctrinas pregonan que en Cristo hay dos personas, y que en la humana, el Verbo habitaba como en un templo. Con el tiempo la unión se había hecho más íntima; pero no había existido (decían) en el momento de la concepción, y, por tanto, si María era Madre de Cristo, no podía llamarse Madre de Dios.

Los murmullos de desaprobación que acogen estos heréticos discursos, se convierten en tumulto cuando el mismo Patriarca sube á la cátedra, y en un sermón tristemente célebre sobre el alumbramiento de María confirma las blasfemias de sus emisarios. A la voz de piadoso solitario que protesta contra tales herejías al pie del púlpito mismo, la ciudad entera se levanta. El grito de indignación de la ortodoxa Constantinopla llega hasta

Alejandro, donde el gran Patriarca Cirilo se declara campeón de la ultrajada Virgen, y hace llegar sus quejas hasta Roma, madre y maestra de toda verdad.

Bien comprenderéis, Señores, que se trata del impío Nestorio, cuyo funesto nombre hemos aprendido á execrar desde la infancia, cuantos creemos y confesamos que en Cristo hay, sí, dos naturalezas; pero unidas tan íntimamente desde el primer instante de la Encarnación del Verbo, que sólo constituyen una *hypostasis* ó persona; y que, por consiguiente, la Madre de Jesús es y debe llamarse *Madre de Dios*.

Cuando en Éfeso se reúne el Concilio de más de doscientos Obispos, presididos á nombre del Sumo Pontífice por San Cirilo, es admirable el entusiasmo del pueblo todo, que pasa los días enteros en derredor del templo en que se tienen las sesiones, ansioso de ver confirmada solemnemente la prerrogativa que se quiere disputar á la *Madre de Dios*. Por fin se pronuncia la palabra deseada, se condena al Patriarca blasfemo, se afirma en la corona de María su más preciosa joya, y los fieles animados de santo delirio, á gritos proclaman su fe, entonan himnos de gozo en honor de la Madre del Verbo Encarnado, vitorean á los Obispos que han restituido la paz á la Cristiandad, arrojan perfumes á su paso, y con estas demostraciones inolvidables, enseñan á las generaciones venideras cuál debe ser la conducta del pueblo cristiano cuando ve atacado el honor de la que es Madre de Dios y al mismo tiempo Madre de los hombres.

Mas ¡ay! peligros todavía mayores no tardarán en amenazar al mundo cristiano; y si los fieles han recurrido á María cuando la herejía los amenazaba, con más fer-

vor tendrán que acogerse á su patrocinio ante las victoriosas escuadras de los secuaces de Mahoma. Ved cómo se extiende el Islamismo dondequiera triunfante, y se apodera de la cuna del Salvador, y del sacratísimo Gólgota. Ved cómo profana la *Ciudad de María*, que ya no merece su protección por haberse entregado á los iconoclastas primero y después á los discípulos de Focio. Ved cómo avanza hacia Occidente y conquista la católica España, abandonada del cielo, porque se ha olvidado, como Israel, de los preceptos del Señor. ¿Qué será de Europa si no recurre á María, si marinos y guerreros no se ponen bajo su amparo, y buscan bajo su glorioso estandarte la victoria que no han podido hallar bajo la patria bandera? Afortunadamente allí está Loreto, con la casa de Nazaret, transportada á su seno por los Ángeles. Allí está Covadonga con su milagrosa imagen de María y su puñado de guerreros. Allí están los altares en que se invoca en Viena el dulcísimo Nombre de María. Se redoblan las preces en éstos y en todos los templos aun no profanados por el Mahometano, y María protege á los lidiadores, que la invocan al defender sus hogares amenazados por el infiel.

Permitidme que os llame la atención á la inolvidable batalla de Lepanto. Paréceme ver las trescientas naves musulmanas avanzando en orden de batalla contra las trescientas de las naciones cristianas. Allí está la escuadra azul de Don Juan de Austria en el centro; allí á la derecha descubro la flota verde de Juan Andrés Doria; á la izquierda miro los gallardetes dorados de la división de Barbarigo, y á retaguardia la reserva del Marqués de Santa Cruz. Paréceme oír los disparos de la

flota de Alí y ver á sus genizaros intentar el abordaje de la capitana de Don Juan. Causa pavor el arranque del Rey de Argel y del Gobernador de Alejandría. Indecisa queda largo tiempo la lucha, y las preciosas vidas de los caudillos cristianos ¡ay! se ven en riesgo inminente, ante el furor de los Agarenos, ufanos con tantos triunfos y tanta fortuna.

De repente gritos de victoria se escuchan en toda la armada cristiana. ¿Quién ha decidido la batalla? ¿Quién ha precipitado á Alí y á sus genizaros en el fondo de los mares? ¿Son por ventura los tercios españoles del de Santa Cruz que tan á tiempo prestan su poderoso auxilio? ¿Se debe acaso el triunfo al ardor del hijo de Carlos V, á la pericia de Marco Antonio Colonna, al valor de los expertos marinos venecianos? ¡No! Si el poder de la Media Luna queda abatido para siempre, y su marina destruida al grado de no haberse podido rehacer en tantos siglos; si la Cristiandad respira, al fin, libre de tan inminente peligro, á tí se debe, ¡oh Virgen Santísima! á tí que de Viena arrojaste á los musulmanes invasores; á tí que palmo á palmo reconquistaste España, lanzando á los moros al fondo de su África. Mientras los ejércitos se reúnen en Lepanto, el Sumo Pontífice San Pío V óra juntamente con la grey católica que el Señor le confiara, é invoca á María, y María le concede la victoria.

Pasan tres siglos: la incredulidad se apodera aun de los países más cristianos: el mal es tanto más grave, cuanto que no son enemigos exteriores los que hay que combatir, sino un cáncer terrible que nos roe las entrañas. Por fortuna ahí está María; María que promete su ayuda y señala á los afligidos fieles, santuarios especia-